

### CAPITULO III.

#### El Desafío.

El coche en que iban Rafael y Leopoldo, caminaba con indecible rapidez. Faltaba un cuarto de hora para el desafío cuando tomaron el carruaje, y era preciso acelerar la marcha de éste, para llegar al tiempo señalado.

Leopoldo marchaba preocupado con la idea de su anciana madre.

Temia dejarla abandonada, y esto le oprimia el corazon.

--¿Qué será de ella—pensó—si yo muero?  
Y sintió embargada su alma de profunda melancolía.

No tenia en el mundo mas que á él; y él,

tal vez, iba á morir dentro de breves instantes.

Amaba á su anciana madre como hijo bueno y cariñoso, y un funesto presentimiento de que no volveria á verla, le presaba el pecho y le robaba la tranquilidad.

Sin embargo, en su semblante nada se leía.

Su rostro se mantenía sereno y apacible, sin dejar traslucir lo que el corazon sufría, como se ostenta terso y tranquilo en su superficie el nevado volcan, ocultando la abrasadora lava que dentro encierra.

Rafael no se atrevia á distraerle de sus meditaciones. Era su amigo verdadero; conocia los sentimientos tiernos de su corazon, y estaba persuadido de que le ocupaba la idea de su cariñosa madre.

¿Por qué privarle del placer de pensar en el objeto mas caro que existe para el corazon del hombre?

—Temo haber hecho esperar á Duval.

Dijo al fin Leopoldo rompiendo el silencio, y queriendo dar otro giro á sus tetricas ideas.

—¿No era la cita para despues del toque de oracion que da á las siete?

—Sí, querido Rafael.

—¿No le suplicó á vd. en una esquila que le entregó á vd. la casera cuando bajamos la escalera, para que el duelo tuviese lugar á las nueve, en vez de á la oracion, como indicaba su tarjeta?

—Sí, querido Rafael.

—Pues aun faltan diez minutos para ellas.

—Me alegre; pero la noche está tan oscura que creí fuese mas tarde.

—Pues no señor; faltan diez minutos; y diez minutos son mas que suficientes para ponernos en la calzada de la Piedad.

—En estos asuntos me gusta mas esperar, que ser esperado.

Rafael no respondió, y ambos volvieron á guardar silencio.

La noche estaba en extremo oscura.

El paseo de Bucareli, que atravesaban en aquel momento, se encontraba envuelto en espesas sombras. Ni una alma se veia en su espacioso recinto.

El vasto edificio de la Ciudadela, que dejaban á la izquierda, ostentaba sobre la sólida cornisa de sus oscuras y sólidas paredes, centenares de zopilotes que agitaban sus negras alas despidiendo horrendos graznidos. A la derecha se descubria el venerando bosque de Chapultepec con su enramado cerro, en cuyo vértice se levanta, como un palacio de hadas, el suntuoso colegio militar, que parece descansar sobre las espesas copas de los robustos sabinos y de los antdiluvianos ahuehuetes.

Leopoldo tirijó una mirada melancólica hácia este sitio de históricos recuerdos, y se acordó de su anciana madre, en cuya compañía habia visitado, pocos dias antes, aquella deliciosa mansion.

Al llegar al fin del paseo, Rafael mandó al cochero que se detuviera: Leopoldo cogió las dos espadas, se embozó en su capa, y bajó del carruaje con su leal amigo.

—¿Me marcho ya, ó espero á vdes. aquí, señores amos?

Preguntó el auriga, quitándose el ancho sombrero forrado de hule.

—Espéranos.

—Está muy bien, señores amos.

El cochero volvió á montar, se envolvió en su grueso capote azul, se caló el sombrero hasta las cejas, inclinó la cabeza sobre el pecho, y empezó á roncar tranquilamente.

Los dos amigos atravesaron el corto espacio que se interpone entre el paseo de Bucareli y la calzada de la Piedad, y á poco penetraron en esta, donde los árboles proyectaban en el suelo con su extendido ramaje mil caprichosas figuras de extravagantes formas.

—Aun no viene Duval;—dijo Leopoldo mirando hácia todas partes—pues no descubro á nadie, ni veo coche alguno.

—Con efecto, contestó Rafael, nada se ve.

—¿Se habrá ido acaso cansado de esperar?

—No, porque precisamente en este instante es la hora señalada.

—Sí; ahora son las nueve.

Dijo Leopoldo mirando su reloj.

—Ya no tardará en estar aquí.

—Me alegro de no haberle hecho esperar.

—Mientras llega—exclamó Rafael—busquemos el sitio mas propio para medir las armas.

Al decir esto salvó de un salto la estrecha acequia que divide la calzada del ancho campo que se extiende á la izquierda.

Leopoldo le imitó; y mientras su amigo se ocupaba de escoger el terreno para el combate, él se apoyó á un árbol, y se puso á mirar hácia el camino por donde esperaba ver llegar el coche de su antagonista.

Leopoldo no temia; pero la memoria de su anciana madre le tenia triste.

Iba á batirse, no porque anhelase verter la sangre de su rival, sino por cumplir con un deber que la sociedad llama honor.

Rafael, entre tanto, buscaba en aquel llano, siempre fangoso, el sitio mas igual y seco, donde los combatientes no estuvieran expuestos á los accidentes de un terreno desigual y falso.

Al cabo de algunos instantes, se detuvo satisfecho de sus pesquisas.

Habia encontrado un pedazo inmejorable para el duelo.

En aquel instante Leopoldo, que seguía con la vista fija en el punto por donde debía llegar su contrario, vió asomar un coche por el paseo de Bucareli.

El corazón le dió un vuelco dentro del pecho, y experimentó una violenta inquietud que siente todo hombre, por valiente que sea, como lo era Leopoldo, ante un peligro inminente, cuando se le espera entregado á las reflexiones de la fría razón.

Cuando el corazón está dominado por la ira, ó por la indignación que produce un ultraje reciente; cuando se excita por el ruido de las armas la pasión de la gloria en los combates, entonces la razón suspende sus funciones, y el hombre, ciego, arrostra los peligros sin pensar en ellos, sin comprenderlos siquiera.

Pero cuando sin ese motivo de locura, de vértigo y de frenesí, la sangre circula con calma, dejando expedito á la razón el dominio de dirigir las acciones, el pensamiento de la muerte nos conmueve, y solo

hacemos frente á los peligros, y los arrojamos con aparente calma, por delicadeza, por pundonor, por no atraer sobre nosotros la nota de cobardes ante los ojos de la sociedad.

Hay hombres valientes que se cubren de gloria distinguiéndose por su arrojo en las sangrientas batallas, que no admiten un desafío del mismo que tal vez ha temblado á su lado en el común peligro.

¿En qué consiste esto? La explicación es muy sencilla. El hombre de nobles sentimientos hace abnegación de sí mismo en aras de la patria, y se lanza á las lides por un sentimiento de verdadera honra, de dignidad nacional, de libertades patrias. ¿Qué interés de bien social va á sustentar en un duelo? El de la vanidad, el de un mal entendido honor.

Si es ofendido y trata de lavar la mancha inferida en la honra de una esposa ó de una hermana, no consigue otra cosa que hacer pública la ofensa. Si es ofensor, disponerse á cometer un nuevo crimen, tratando de quitar la existencia á quien ha robado ya

los goces de la vida doméstica. Verter el desconsuelo, la desolacion y el llanto en la inocente familia del contrario, si sale vencedor; y sumir á la suya en los mismos horrores, si es vencido.

Leopoldo tenia fija la vista en el coche que descubria á lo lejos.

No quiso separarse del árbol en que estaba apoyado, hasta no convencerse de que se dirijia hácia el punto en que estaban ellos.

Poco tardó en convencerse de esta verdad.

El carruaje cruzó el espacio que media entre el paseo y la calzada, y penetró en ésta, marchando con notable rapidez.

—Ahí está ya mi contrario.

Dijo Leopoldo separándose del árbol, y dirijiéndose al sitio que habia escogido para el duelo su buen amigo Rafael.

—Bien;—contestó éste—el terreno es sólido y excelente.

—Gracias.

—¿Dónde están las espadas?

—Aquí las traigo.

Replicó Leopoldo sacando las que llevaba debajo de la capa, y entregándoselas.

Rafael las examinó, y dijo:

—Son de temple inmejorable.

—Regular.

—¿Y te has ejercitado estos días en la esgrima?

—Precisamente jugué un gran rato esta mañana.

—¿Y qué tal te encontraste?

—Bastante bien.

Contestó Leopoldo por no alarmar á su amigo diciéndole lo contrario, aunque él tenia presente la facilidad con que habia sido desarmado por el mendigo.

—Bueno: estoy seguro de que vencerás.

Leopoldo no puso atencion en aquellas palabras. Ni el deseo del triunfo ni el temor de ser vencido le habian ocupado un solo instante. Era uno de esos jóvenes de corazon sereno y generoso, que se olvidan de sí mismos para pensar en la desgracia que amenaza á las personas que aman, y cuyas penas les preocupa mas que las suyas pro-

pías. La memoria de su amorosa madre embargaba en aquel momento toda su existencia: sonaba aún en su oído la triste voz con que en aquella misma mañana le había revelado el funesto presentimiento que tenía de un sangriento duelo, donde le había visto caer sin vida bajo el furibundo golpe de la espada de Duval. Este recuerdo le conmovió profundamente: amaba tiernamente á la que le dió la vida; el temor de dejarla abandonada le enterneció sobremanera, y no pudiendo resistir á la fuerza del tierno afecto filial, exclamó con triste acento, dirigiéndose á su buen amigo.

—Si muero, te recomiendo encarecidamente mi anciana y cariñosa madre.... discúlpame con ella.... dila que me he visto obligado á admitir este duelo para no manchar el buen nombre que heredé de mi desdichado padre.... que he sido provocado á él.... que no la he olvidado un solo instante.... que le amo con todo mi corazón.... y que mi último pensamiento ha sido para ella....!

—No pienses en morir:—dijo Rafael con

movido por las tiernas palabras de su amigo:—piensa en vencer: no sea el recuerdo de tu amorosa madre causa de debilidad, sino de confianza y de fortaleza. Sabes, sin embargo, que soy tu leal, tu franco, tu mejor amigo, y que si tiene la desgracia, que no espero, de perder un hijo, en mí encontrará otro que se afanará por consolarla y servirla.

—¡Gracias, amigo mio, gracias....!—exclamó Leopoldo apretando la mano de Rafael, tiernamente conmovido por aquel rasgo de generosidad.—Ahora estoy tranquilo.

—Bien; eso es lo que yo quiero; porque cuando el corazón siente, el brazo se debilita.

En aquel momento se detuvo el coche en el camino, á corta distancia de ellos: el cochero se apeó, abrió la portezuela, y salió por ella un hombre, llevando en la mano dos espadas.

—¡El es....!

Dijo Rafal.

Leopoldo volvió á apretar la mano de su fiel amigo mientras se aproximaba á ellos

el que habia bajado del carruaje, y le dijo en voz baja:

—¡No te olvides de mi querida madre, ni de llevar á Clotilde mi último adios si muero.

#### CAPITULO IV.

Continuacion del cuaderno.

La hermosa Inés se sentó á cenar llena el alma de alegría y de impaciencia. De alegría, porque existia el hombre á quien amaba y habia juzgado muerto; y de impaciencia, porque anhelaba ver lo que contenia el resto del cuaderno.

Clotilde advirtió el contento de su hermosa protectora, y lo atribuyó á alguna buena nueva con respecto á Leopoldo, bien agena de pensar de que en aquel instante quizás, caía sin vida á los piés de su odioso rival.

Alzados los manteles, Inés se retiró á su